

Ramón Xirau: la verdad en la poesía y la pertinencia filosófica de las imágenes

Isabel Cabrera

Ramón Xirau es un humanista en el mejor sentido de la palabra. Un hombre que alimenta su pensamiento filosófico con la vida, el arte y la cultura en general y trata de devolver a la sociedad el contenido espiritual del que se nutre. Su pasión por la literatura –sabemos que es un excelente poeta en catalán– convierte su ensayo filosófico en una suerte de híbrido feliz. En algunos de sus escritos hay una vocación didáctica que ejerce con la soltura de un conocedor, este talento ha convertido su libro sobre Historia de la filosofía en un clásico con el que muchos de nosotros nos hemos iniciado. Porque no hay duda alguna de que Ramón Xirau es un hombre de muchas lecturas y horizontes amplios, un filósofo peculiarmente sensible a la belleza, a los matices; y curioso, siempre curioso. Un escritor que, muchas veces, se interrumpe a sí mismo para dejar hablar a otros, para mostrarnos y compartir la maravilla de un pensamiento. También Xirau ha sido un maestro entrañable, nunca posesivo, siempre sugerente. Un maestro que nunca necesitó poner fronteras a la filosofía o delimitar claramente los límites de su reflexión, sus cursos solían mezclar temas de literatura, filosofía e historia de manera muy natural, y a lo largo de ellos mostraba cómo podía pensarse fructíferamente en un horizonte amplio sin perder la claridad. Su dedicación a la docencia durante tantos años, aún siendo emérito, lo convierte además en un maestro generoso y refuerza su perfil de humanista. Pero también Ramón Xirau ha sido quien ha introducido en México, y particularmente en nuestra Universidad, el estudio filosófico de la mística. El maestro Eckhart, Edith Stein, Simone Weil y su más querido: Juan de la Cruz. Esto es algo que yo, y muchos más conmigo, le agradecemos especialmente.

Ahora quisiera resaltar un aspecto del trabajo de Ramón Xirau que creo que es muy peculiar de su estilo. En muchos de sus textos, Xirau se dedica a analizar la obra de algún autor que llama particularmente su atención y con el que usualmente coincide en algunos puntos importantes. Los autores que

más le gustan suelen o bien ser poetas, pero poetas reflexivos, como Juan de la Cruz, Juan Ramón Jiménez, Jorge Luis Borges u Octavio Paz, o bien filósofos en el sentido amplio de la palabra pero que son especialmente imaginativos o proclives a las imágenes, como Bergson, Rudolf Otto, Teilhard de Chardin, Heidegger, Wittgenstein. Porque no cabe duda de que a Ramón Xirau le gusta mucho la fusión entre imagen y argumento, le atrae especialmente la sintética elegancia con la que la poesía es capaz de señalar una presencia y hacerla patente, y también le atrae el poder persuasivo de las imágenes, su capacidad de jugar como razones, incluso razones contundentes dentro de una discusión verbal, propiamente filosófica. Para explicar mejor lo que pretendo señalar quisiera entresacar brevemente cuatro ejemplos de sus escritos, dos de ellos sobre poetas, otros dos sobre filósofos, en los que se muestra con claridad en qué sentido Xirau busca la metafísica detrás de la poesía y la poesía detrás de la metafísica.

En su texto sobre Juan de la Cruz, titulado “El madero ardiente” Xirau pone el acento en el peculiar uso que hace el místico del lenguaje poético. De acuerdo con Xirau, la poesía de san Juan es una suerte de estrategia que conduce al borde de un silencio contemplativo, los recursos poéticos del carmelita son vehículos para señalar una presencia metafísica, una verdad religiosa. Xirau se detiene especialmente en el uso de las imágenes paradójicas en san Juan para acentuar este recurso de usar el lenguaje para trascender el lenguaje:

San Juan no se limita a la complacencia que puedan ofrecerle las imágenes poéticas. Más allá de ellas, indecible está su significado verdadero. Las imágenes, más que espejos, son así ventanas. Esta transmisión de una experiencia indecible exige, necesariamente, la ruptura del lenguaje en el centro mismo de sus significaciones comunes. [...] San Juan de la Cruz, más que ningún poeta, nos ofrece la experiencia de una poesía que se trasciende [...]¹

Las creencias religiosas de san Juan y, por consiguiente, su concepción teológica moldean su expresión poética y están detrás de sus imágenes literarias. De esta manera, la poesía prolonga lo que inició la teología negativa. Hay sin duda emoción, incluso pasión, pero hay también un pensamiento que busca ser transmitido, una verdad religiosa que se abre camino a través de las imágenes. La poesía no explica, sólo conduce hasta el borde de la experiencia y calla. De acuerdo con la lectura de Xirau, las metáforas de san Juan, “la noche oscura”, “la música callada”, “el madero ardiente”, beben de la presencia sagrada, de

¹ Ramón Xirau, “El madero ardiente”, en Palabra y silencio. México, Siglo XXI, 1968, pp. 50-51.

esa fuente que “mana y corre” y sin la cual no atraparíamos su “significado verdadero”, es decir, su significado metafísico.

El segundo ejemplo lo tomo del análisis que hace Xirau de Borges en su libro *Poesía y conocimiento*. Como ya sabemos el escritor argentino está obsesionado con el tiempo y se propone, como él mismo dice, refutarlo. Xirau nos advierte que Borges rechaza especialmente la idea de un tiempo sucesivo, porque le repugna, pero que también atacará la idea de un tiempo cíclico o la idea de eternidad, porque Borges se rebela contra cualquier forma del tiempo. Así, Borges va a lo largo de su obra construyendo ficciones para refutar al tiempo, es decir, para descartar los argumentos que defienden su realidad y patencia. Este intervenir en una discusión filosófica desde la literatura, y particularmente, a partir de una ficción literaria creada ex profeso no es para el porteño algo extraño, después de todo, y de acuerdo con él mismo, “la metafísica no es sino otra rama de la literatura fantástica”. Finalmente, y de acuerdo con la visión pesimista de Borges, el tiempo siempre nos ofrece un panorama nefasto: la vida como sucesión temporal sólo puede conducir a la decrepitud, la pérdida y la muerte; la vida como eterno retorno conduce al hastío y al horror de pasar infinitas veces por el mismo dolor; la vida como eternidad no hace sino extender aun más la primera de estas posibilidades. Por esto Borges vuelve, como dice Xirau, a Zenón de Elea, como si pensara, o quisiera pensar, que en realidad aquel griego nunca ha sido realmente refutado; el tiempo no existe y la liebre no podrá nunca alcanzar a la tortuga.

De cualquier manera, es esta obsesión respecto a una tesis metafísica (la existencia o no del tiempo y su naturaleza) lo que nos permite entender, de acuerdo con la óptica de Xirau, el rechazo de Borges a algunas cosas como los espejos, el infinito o los laberintos, y también nos permite entender su persistencia en algunas metáforas, como el sueño, los mitos, o la memoria. Borges usa las imágenes para expresar pensamientos y aunque reconoce que la poesía nace de la emoción, sabe que, a partir de esta emoción, hay un largo camino de construcción de sentidos literarios, finalmente proyecciones de una realidad alternativa; Borges construye poéticamente mundos paralelos y deambula de uno en otro. Por eso, leyéndolo uno se pregunta con Xirau “¿no habrá que buscar en la ficción (borgesiana) la realidad verdadera?”² ¿No está Borges, después de todo, haciendo filosofía a través de la literatura?

Con ejemplos como estos dos detrás es claro por qué para Ramón Xirau la poesía cuenta como una forma de conocimiento, se trata de:

² Véase R. Xirau, “Borges: de la duda a lo eterno dudoso”, en *Poesía y conocimiento*. México, Mortiz, 1978, p. 51.

[...] entender el poema mediante una lectura personal que si es profunda podrá muchas veces descubrir en el poema lo que el poeta mismo a veces ignoraba haber escrito; entender mediante el poema, es decir, referirnos, también matizadamente, al sentido de la vida, al sentido del universo, y, en última instancia, pensar como Dylan Thomas: “sería un maldito estúpido si no lo hubiera hecho”.

Tal es la presencia del sentido, tal es el sentido de la presencia.³

Pero así como busca metafísica en la poesía, Xirau también busca poesía en la metafísica, y su texto *Cuatro filósofos y lo sagrado* es una muestra clara de ello. El artículo sobre Heidegger es un ejemplo explícito, pero quisiera más bien detenerme en su ensayo sobre Wittgenstein. En él Xirau ofrece antes que otra cosa una perspectiva general sobre el personaje, los rasgos más importantes de su vida y de su tiempo, muestra a Wittgenstein como parte de un ambiente cultural en una época difícil. La inquietud religiosa del autor del *Tractatus* —que es el tema del artículo— se inscribe pues en una vivencia cultural de desconcierto, desencanto, angustia y necesidad de esperanza y salvación. Sin embargo, Wittgenstein no puede expresar, con el lenguaje de las ciencias, sus dudas y anhelos respecto al sentido de la vida humana y acude a imágenes, imágenes que muestran un sentido alternativo, una posibilidad de llenar el vacío que parece cercarlo. “Subir la escalera”, “mirar el mundo desde arriba”, “pensar en dios como un destino”, o “pensar en dios como el sentido de la vida”, “ver el mundo como un milagro”, o “sentirse absolutamente a salvo”; los aforismos del *Tractatus* y del *Notebooks* a los que se refiere Xirau en este ensayo, más que construir argumentos van dibujando una idea del otro lado, van dando cuerpo al impulso religioso de Wittgenstein, a sus vagos anhelos de trascendencia y sentido.

Así, Wittgenstein no sólo usa las imágenes como vehículos para expresar intuiciones metafísicas de las que no puede dar cuenta de manera descriptiva y argumental, sino que también se apoya en la calidad estética para convencernos de la pertinencia de su perspectiva, ofrece imágenes que buscan seducir, evitan prejuicios y encasillamientos en tradiciones religiosas arcaicas, son expresiones cercanas y hasta cierto punto neutras, y todo ello resulta atractivo para un descreído en busca de cierta dimensión de esperanza, como eran muchos de los interlocutores de su época. Escueto como los poetas, el autor del *Notebooks* siembra como al pasar metáforas que esconden inocentemente una reivindicación metafísica, pero lo hace de manera cómplice, preguntando, balbuceando indeciso, señalando tímidamente otras posibilidades. Toda la esfera de valores cae para el autor del *Tractatus* del mismo lado, ética, estética y religión se fusionan: ver el mundo “como una totalidad con sentido”, es verlo

³ *Ibid.*, p. 29.

“como un milagro”, “como algo bueno” o “como una obra de arte”. Cuando la filosofía calla, incapaz de expresar la metafísica, las imágenes son el recurso para mostrar lo que no puede decirse.

En otro texto, esta vez muy breve,⁴ Xirau se pregunta lo que hay detrás de la ferviente irreligiosidad de Nietzsche. Nietzsche ve en el cristianismo una subversión de valores generada por el resentimiento, y protegida por la arrogancia, pero no pretende demostrar la falsedad de las tesis religiosas que esta concepción del mundo alberga, sino sustituir esta imagen de la realidad con otra cuya pertinencia defiende con su peculiar elocuencia. Nietzsche afirma la voluntad de poder, la necesidad de trascender el orden moral imperante, pero en este movimiento hacia la muerte de Dios y el ateísmo, conserva —como señala Xirau— el ímpetu religioso y crea algo así como la religión de la irreligiosidad, el culto a la vida, la devoción por lo humano, la fe en el superhombre. No hay aquí un combate de argumentos sino una contraposición de imágenes del mundo. La retórica nietzscheana va dibujando esta nueva realidad y suplantando una religiosidad por otra, cuya verdad proviene de la fuerza y contundencia con la que es expresada, a la manera de una sabiduría arcaica o de una profecía. Nuevamente, aunque de otra manera, la filosofía toma prestados recursos literarios para defender la pertinencia y el valor de sus mudas intuiciones metafísicas.

De esta manera, Xirau crea puentes y se mueve con naturalidad entre poesía y filosofía, buscador incansable de las ideas detrás de las imágenes, fascinado por la fuerza filosófica de ciertos énfasis, de la fuerza de la imaginación y la elocuencia. De esta manera, leyéndolo me vuelve como un eco la frase que él tanto cita y cuya procedencia he olvidado ya: “Quizá la historia de la filosofía no sea sino la historia de la entonación de ciertas metáforas”.

Una sospecha para terminar, creo que Xirau tiene tan unida la filosofía a la poesía que no se dejaría convencer por un pensamiento que no lo sedujera estéticamente. La verdad filosófica, si es que la hay, tendría que expresarse poéticamente y sería bellísima, no podría ser para él de otra manera. Incluso, creo que este rasgo suyo está detrás de su fidelidad al cristianismo, porque Xirau es, y creo que él no tiene ningún reparo en reconocerlo, un pensador cristiano. Pero no abraza el cristianismo por su doctrina moral, ni lo reivindica por sus ceremonias, lo que parece conquistarlo más bien del mensaje cristiano es que hace posible una actitud de paz esperanzada, ofrece una perspectiva sosegada y amorosa respecto a la realidad con la que le gusta pensar y vivir. Creo que a Xirau le conquista, en gran medida, el valor estético de la doctrina evangélica, después de todo, Ramón Xirau es ante todo un esteta.

⁴ Me refiero al texto “Nietzsche, sin Dios ni dioses”, en *¿Más allá del nihilismo?* México, El Colegio Nacional, 1991.